

**PANTHERS
Y
MUSEO
DEL FUEGO**

Llevo mucho tiempo soñando con un avance así, pensé al salir de mi piso de Glebe aquel lunes por la mañana, camino de una cafetería de Crown Street donde había quedado con la hermana, Pamela, para devolverle el manuscrito de *Panthers y Museo del Fuego* supuestamente sin haberlo leído, como ella había insistido por teléfono sólo dos días después de habérmelo dado. Llevo años haciendo poco más que maniobrar para lograr este avance. He sacrificado amor, vacaciones, salud mental y física, me dije subiendo la calle donde vivía en un edificio asediado por raíces de higueras, charcos de orina y desperdicios, sin hacer nada aparte de maniobrar sin descanso, o esa es la impresión que tengo de mi vida, para lograr este avance que siempre me ha eludido porque *así* lo veo yo, sin en realidad quererlo.

No obstante, es extraño que feche este avance que ahora puedo llamar así en este pasado sábado, pensaba mientras salía de mi calle, contenta de tener hora y media por delante aun cuando sabía que no necesitaría todo ese tiempo para llegar

allí andando. Me había pasado la noche leyendo el manuscrito, el mismo que había prometido por teléfono a Pamela que no leería después de que ella me hubiera pedido que no lo leyese, y que de hecho no tenía la menor intención de leer, detalle que ella, de haber tenido una onza de sensibilidad, habría reconocido pero obviamente no había querido reconocer. Lo terminé a las dos y media de la mañana y volví a empezarlo por el principio. Estuve embelesada, en un estado de euforia literal durante esas largas y tranquilas horas del viernes al sábado por la mañana, cuando todo quedó claro. Al principio me alivió descubrir que el manuscrito no era nada —incluso ahora no parece nada— y sin embargo lo leí con el cerebro contenido; la idea de que el cerebro pudiera contenerse como la respiración me fascinó mientras recorría la parte estrecha de Victoria Road donde los coches, aparcados prácticamente unos contra otros, hasta en las esquinas, me hicieron pensar que todo el mundo se había visto afectado como yo y que nadie había dormido.

Aunque Sarah había titulado su manuscrito *Panthers y Museo del Fuego* —o al menos eso era lo que ella había escrito en la primera página, a mano, si la letra era de Sarah y no de otra persona, hacía mucho que no la veía escribir— el

manuscrito no parecía tener nada que ver con el título: con el interés y el atractivo que yo habría esperado de algo con un título así. Reconocí las palabras en cuanto Pamela me dio el manuscrito en el velatorio de Sarah, cuando me lo plantó en las manos pese a todos mis intentos de no aceptarlo. Cualquiera las habría reconocido, cualquiera que haya ido en coche por la autopista este-oeste de Sídney. Eran las palabras de una señal. El título era una señal —una señal informativa normal y corriente—, una señal grande de color marrón y letras blancas que hay a un lado de la carretera, de las que informan de caminos o destinos de supuesto interés turístico o histórico, en este caso dirigida a posibles interesados en visitar el club del equipo de rugby de los Panthers, llamado así, como he sabido por Google, no por el misterioso animal que según dicen deambula por las Blue Mountains, frustrando todo intento de ser atrapado o de siquiera demostrar su existencia, sino porque en 1964 una mujer llamada Deidre ganó un concurso para poner nombre al club, siendo Panthers una de sus varias sugerencias, de sus muchas sugerencias de nombres de animales. La señal de la autopista lleva hasta el club, donde el visitante puede jugar en las tragaperras, comer, comprar gorras o camisetas o bufandas con

los colores de los Panthers e imaginar que sale al campo ante una multitud, siendo un forofó del equipo de rugby de los Panthers o incluso un jugador del mismo, un coloso de pantalones cortos que personifica las esperanzas y sueños de millares; la señal conduce hasta el enorme y destellante edificio del club o al Museo del Fuego, donde el visitante puede (aquí también) comprar gorras o camisetas e imaginar que va saltándose los semáforos y adelantando a la policía en busca de un incendio que arde en secreto, de llamas aterradoras que todos desean sofocar pero que, al mismo tiempo, preferirían contemplar arder y consumir eternamente; esa señal que durante años no consideré más que una señal informativa en una carretera, y que incluso seguí una vez, en un momento de deliberada espontaneidad y empuje, un momento que quizá me cambió la vida.

Que esa señal fuera el título del manuscrito que me habían dado me había afectado desde el principio como la señal de la carretera me había afectado siempre. Cojan la salida catorce, informa la señal, y llegarán a estos lugares, estos triviales aunque amplios y alegres lugares que yo sé que están ahí, o mejor, como yo podría haber querido en el pasado, saldrán de esta existencia y entrarán en un túnel de oscuridad desbordante.

te de posibilidades. Podría restar valor a la señal marrón y blanca que he visto en tantas ocasiones; podría restar valor a esa señal, con este tipo de ocurrencias; hasta podría restar valor al contraste entre las sugerentes y seductoras palabras de la señal en las que siempre he reparado al pasar, y los lugares triviales y mercantilizados a los que se refiere —para entretener a mi buen amigo Raf, como tengo por costumbre, con esta clase de ocurrencias, que reservo para cuando nos vemos— y sin embargo sé que decir que eso es lo único que pienso de esa señal (y del manuscrito) no sería la verdad.

Quizá, más que ninguna otra cosa, cabe que la referencia a esa señal y las palabras de la misma —la coincidencia de la señal y el manuscrito y la muerte de su autora, una antigua amiga del instituto— suscitaran en mi mente un estado de euforia mientras leía el manuscrito una y luego dos veces horas después de la llamada de la hermana, Pamela, en cuyo caso a ella le habría interesado saberlo, me dije mientras me dirigía hacia la cafetería donde ella había dispuesto que nos viéramos ese lunes. En el velatorio le habría encantado oír algo así —cuando todavía quería que leyera el manuscrito, cuando me había impuesto la lectura del manuscrito, cuando quería creer, como está